

Élisabeth Gille

UN PAISAJE DE CENIZAS

Traducción del francés

Juana Salabert



Título original: *Un paysage de cendres*

© de la obra: Éditions du Seuil, 1996

© de la traducción: Juana Salabert, 2015

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: noviembre de 2015

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA
ISBN: 978-84-944243-1-1
Depósito Legal: M-27978-2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Odile

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

—No —dijo Léa.

Su sombra gigantesca, quebrada en el ángulo del techo, devoraba a sus espaldas la pared apenas iluminada por la lamparilla de noche y la erizaba de colmillos negros. A sus pies crujía un revoltijo de telas pateadas con ferocidad. Un crujido similar al de un refrotar de cartones venía a añadirse al sofocado jaleo. Sonaban golpes metálicos contra una superficie dura. Bolas de madera entrechocándose rodaban y crepitaban como balas. Una jauría hambrienta le lamía los muslos e intentaba morderle las rodillas.

En medio de la lucha, la linterna eléctrica que enfocaba la mitad inferior del cuerpo de Léa vaciló y su cabecita emergió a plena luz, morena y arrebolada sobre un océano de arremolinadas tocas. Erguida en la cama, estrechaba su muñeca con la mano izquierda y con la diestra aplastaba contra su vientre el entredós de encaje que tres religiosas prosternadas, de hábitos oscuros y rosarios a la cintura, trataban de arrancarle. En el adormecido dormitorio chirriaron unos somieres y una pequeña, interrumpida en su sueño, exhaló una queja.

—Vamos, mi niña, estese quieta —susurró una voz.

Pero Léa se replegaba en silencio, con gran energía. La muñeca resbaló codo abajo. La izó de nuevo con firmeza bajo su barbilla y la rubia peluca de ralos mechones sobre el cráneo intensamente rosa se le acurrucoó en el cuello. Una de las atacantes aprovechó para levantar la combinación, que desveló dos muslos regordetes y una braga demasiado pequeña, prieta sobre la abombada tripa, cuyo elástico de goma se había deslizado bajo el ombligo. Otra aferró una pierna y levantó por la fuerza un pie que trató de descalzar. Léa trastabilló, aunque recuperó el equilibrio agarrándose de chiripa al cabecero de hojalata, pero el largo rosario de la religiosa se enredó en una hebilla del zapato y terminó por derrumbarse sobre la colcha. La niña se desasió con rabia y, mientras pisoteaba la cama, aulló con voz desmesurada, a tenor de su estatura:

—¡Tengo frío!

Cayó la linterna y de nuevo la gran mancha deforme se apoderó del muro. En las veinte camas enfrentadas y alineadas en la larga estancia, las sábanas apartadas de golpe dejaron entrever súbitamente a despeinadas crías que se giraban, apoyándose sobre un codo o se incorporaban, restregándose los ojos. Frente al incomprensible espectáculo de esa sombra monstruosa y gesticulante, dos de ellas se echaron a llorar, asustadas. Ganadas por el contagio, otras gimieron y pronto el oscuro dormitorio no fue más que un solo berrido. Léa, devuelta al mutismo, pasaba revista al devastado campo de batalla de su alrededor con expresión triunfal.

—No nos queda otra que dar la luz —suspiró la monja que llevaba la linterna.

—Ni se le ocurra, hermana Saint-Gabriel. ¿Y el toque de queda?

—Esperemos que la pintura de las ventanas sea lo bastante opaca, so pena de tener que vérnoslas de nuevo con los de la defensa antiaérea.

Una ramplona bombilla colgada del techo alumbró por completo a Léa, de pie sobre su cama, la antepenúltima de la hilera. Sus cabellos rizados formaban sobre su cabeza un oscuro amasijo lanudo. Su carita atezada de mejillas enrojecidas por el esfuerzo estaba crispada de cólera. Fruncía el ceño y sus ojos, de órbitas ahondadas por la luz eléctrica, llameaban. Así plantada, en medio de aquellas camas de colchas claras, recordaba a una ortiga negra surgida en un plantel de tulipanes blancos. Con la muñeca aún estrechada contra su pecho, se desinteresó de la defensa de su combinación y se introdujo el pulgar derecho en la boca. La sombra había vuelto a proporciones más normales. Los lloros se calmaron y todas las miradas se dirigieron a ella con curiosidad. Unas cuantas cabezas se acercaron y hubo murmullos y risas aliviadas. Las monjas se apartaron.

La hermana Saint-Gabriel se plantó de una zancada, con crujidos de toca y tintineos de rosario, en el centro del dormitorio. Era una mujer alta, de morena tez mediterránea y cejas negras.

—No tengáis miedo, niñas —dijo con dulzura—. He aquí una nueva compañera que nos llega en plena noche, simplemente porque

su tren ha sufrido un retraso. Haremos las presentaciones mañana. Sabed de momento que se llama Léa y que tiene cinco años. —Y volviéndose hacia la niña, añadió—: Vamos, pequeña, tenemos que ponerle el camisón.

Pero Léa se obstinaba, tan empeñada en su pretensión de no ceder que las piernas le temblaban. Abría de par en par los ojos, temerosa de que la fatiga le cerrara los párpados. Su mirada incrédula recorrió la estancia de ventanas pintadas y se deslizó sobre los tres pingüinos, dos de ellos flacos y el tercero pequeño y grueso, de cabeza calva enmarcada por alas blancas, que permanecían allí de pie, entre las camas de barrotes metálicos. Se detuvo al fin en la almohada de enfrente, donde yacía una chica de cabellos muy negros, que aparentaba llevarle uno o dos años. La niña clavaba en Léa unos grandes ojos azules rodeados de pestañas oscuras. Tras asegurarse de haber conseguido llamar su atención, se sentó sobre la sábana, tendió una mano paralela al muro y colocó encima su otro puño cerrado. Realizó después un movimiento de tijeras con el índice y el anular. Un pato abrió y cerró el pico sobre la superficie blanca de la pared. La pequeña maga se volvió, guiñó un ojo y sonrió.

Boquiabierta, Léa dejó caer el brazo que sostenía la muñeca y el pulgar resbaló de su boca, soltando un hilillo de baba. Una de las religiosas aprovechó la ocasión para acercarse. Le apartó los dedos con suavidad, depositó la muñeca a su lado y volteó con presteza la combinación hacia arriba. La cabeza rizada reapareció para desaparecer de

nuevo, entre los amplios pliegues de un camisón blanco con ribete rojo. La braga se volatilizó, seguida de los zapatos y los calcetines, y Léa se dejó acostar sin protestas. Su mirada continuaba fija en la pared opuesta. Un conejo de grandes orejas temblorosas acababa de sustituir al pato. La monja terminó por apercibirse del tejemaneje.

—Bénédicte —dijo, dejando al pie de la cama de Léa una toalla y un guante de ducha—, mañana se ocupará de nuestra recién llegada. Le mostrará dónde lavarse, le ayudará a vestirse, la acompañará al patio del recreo y luego al refectorio. Y ahora, todo el mundo a dormir.

La luz se apagó. Las niñas volvieron a acostarse. Las monjas embozaron aún algunas colchas, trazaron el signo de la cruz sobre unas cuantas frentes y abandonaron después la estancia. La hermana Geneviève, vigilante del dormitorio, regresó a la otra punta de la sala, a su celda rodeada de cortinas blancas. Su sombra se recortó, obesa, al desprenderse de la toca y soltar con un movimiento de cabeza sus largas trenzas, que se deslizaron sobre sus hombros. El rosario hizo un ruido de carraca cuando lo dejó sobre una silla. Léa había vuelto a llevarse el pulgar a la boca y contemplaba la nueva escena, fascinada.

—Si sigues chupándote el dedo, mañana te echarán encima mostaza —le susurró su vecina de la izquierda, que la observaba de costado—. O bien aloe. Sabe aún peor.

Léa la miró, abrió de nuevo la boca para volver a chillar, pero se quedó dormida de golpe, con la mano aferrada a los cabellos de su

muñeca. Hubo todavía algunos murmullos, gemidos de muelles mal-trechos, el sonido de un vaso depositado sobre una superficie metálica. Luego, el dormitorio entero se sumió en un sueño de plomo. Tras unos minutos de silencio, la noche trajo consigo, a través de las ventanas cerradas, el son distante de botas claveteadas sobre el pavimento, un entrechocar de armas, una canción tarareada. Fuera restalló una orden, seguida de un breve grito. El ritmo de las respiraciones cambió, pero nadie se movió.

Las dos monjas que no dormían en ese dormitorio habían permanecido a la escucha, pegadas a la puerta. Ambas se reincorporaron con los brazos en jarras.

—¿Su hermano sigue aún aquí, hermana Marthe? —inquirió la hermana Saint-Gabriel.

—Sí. Le han servido un bocado en la cocina. Nos espera.

—Vamos para allá. Necesitará descansar un poco antes de poder marcharse en cuanto termine el toque de queda.

Reordenaron los pliegues de sus hábitos y, sujetando sus rosarios para evitar el movimiento de las cuentas, bajaron por la escalinata de piedra. En el rellano de la planta baja, los zapateros apilados donde las alumnas guardaban betunes, trapos y cepillos conformaban, a la luz de la linterna, una especie de fantasmagórico cuerpo de guardia. Otra escalera más pequeña, en este caso de madera, conducía al sótano.

La vasta cocina sumida en la penumbra apestaba a repollo y grasa rancia. Grandes marmitas dispuestas sobre los fogones de barras

de latón exhibían sus fauces. Junto a una ventana, recubierta por un papel azul escolar, un hombre tocado con boina terminaba de comer, a la luz de una vela plantada sobre un platillo. Se descubrió, empujó su silla y se levantó.

—La cría se ha dormido. Digamos que no ha sido tarea fácil —observó la hermana Saint-Gabriel—. No parece muy llevadera. Tome asiento y cuéntenos lo sucedido, señor Lombard.

Las religiosas arrimaron un par de sillas y se sentaron a su vez. Sus tocas brillaban en la penumbra.

—Un amigo que tenemos en la prefectura fue avisado esta mañana de que se preparaba una redada. Tiene la lista de todos los israelitas censados en el fichero de Burdeos. Él mismo fue en persona a prevenir a los padres, gente de nacionalidad rusa. Únicamente la niña es francesa. Trató de convencerles de que debían abandonar su casa y esconderse en otra parte, pero no quisieron escucharle. El marido repetía que estaba en regla, que su mujer y él llevaban la estrella amarilla desde julio y no estaban metidos en política. Aseguraba incluso que eran católicos. Tal y como le dije a mi hermana, me contaron que se habían convertido en el 39. A estas horas ya deben de estar confinados en el campo de Mérignac.

—Sí, pero ¿y la pequeña?

—Los gendarmes fueron a detener a toda la familia a primera hora de la tarde. Nos dio tiempo a advertir a una joven de la OSE, la organización de socorro israelita. Ella acudió en busca de la chavala.

Los padres se negaban a entregársela, no estaban al corriente de esa nueva normativa, la que autoriza a detener también a los niños. Le costó muchísimo convencerlos. Finalmente, en el mismo instante en que aporreaban las puertas del piso de abajo, la madre cedió. El padre vaciló un momento y luego sacó de su cartera los documentos de su hija. Nuestra compañera se la llevó en brazos y se refugió en el piso de una vecina que había entornado su puerta. Esta aceptó quedársela sólo durante media hora. Así es como nos las vimos cargando con ella.

—¿Y cómo se lo tomó la niña?

—No paraba de chillar. Terminamos por amordazarla con su bufanda. Como tenía que entregar un pedido con mi camión, me pidieron que la ocultara bajo el asiento y se la trajera aquí. Mi hermana me dijo que en caso de necesidad podríamos recurrir a ustedes. La cría se quedó frita a fuerza de llorar. Esta es su documentación; no la dejen por ahí, a la vista de cualquiera. También está su certificado de bautismo.

La hermana Saint-Gabriel le lanzó una mirada de reproche a la hermana Marthe, una menuda cetrina que fijaba la vista al frente y no soltaba prenda. Hojeó los documentos y los ocultó en el hondo bolsillo de su hábito.

—¿Y qué será de sus padres? ¿Qué pasará con ellos?

—Se rumorea que mañana vaciarán Mérignac. Hicieron esta re-
dada porque el cupo de judíos exigido por los alemanes no estaba al

completo. Parece ser que mañana sacarán a todo el mundo. Se los llevan al extrarradio parisiense, a Drancy.

—¿Y después?

—Eso ya no lo sabe nadie a ciencia cierta. Se habla de campos de trabajo, en algún lugar de Polonia.

—¿Y la pequeña no tiene otros familiares?

—Sus padres nos dijeron que todos los demás, tíos, tías, abuelos, se habían quedado en París y que fueron detenidos en julio. No tienen ninguna noticia de ellos desde entonces.

—Bueno, señor Lombard, nos quedaremos con la niña el tiempo que sea necesario. Con otra identidad y un nombre supuesto, evidentemente. Esta guerra no durará siempre, tal vez sus padres puedan venir en su busca más pronto que tarde. Y ahora vaya a descansar. Le hemos improvisado un catre en el despacho de nuestra reverenda madre, su hermana lo llevará. Ella lo despertará a las seis.

Sin encender la linterna, a fin de economizar la pila, la monja ascendió de nuevo a oscuras la escalera de la cocina, guiándose con la yema de los dedos sobre la pared. A esas horas de la noche, el hedor mohoso que emanaba del muro se hincaba en la garganta. Todo se pudría y se venía abajo en aquel viejo edificio bordelés situado demasiado cerca del río. La pintura se descascarillaba en grandes jirones, que al cuartearse dejaban entrever el enyesado verdeado por el salitre. Pedazos enteros se desprendían de los techos. La madera del parqué, humedecida en exceso, cedía en algunos

lugares bajo los pies, que se hundían allí como en una papilla de serrín. La única ventaja de semejante desaguisado era que los hombres de la Kommandatur, llegados dos semanas antes a visitar el pensionado, habían desistido de requisarlo. La hermana Saint-Gabriel aún recordaba vívidamente cómo su jefe, un lugarteniente, blandió su fusta y la introdujo con expresión de repugnancia en un desgarro del colgado tapiz que terminó de destrozar, partiéndolo de abajo arriba sobre la pared del despachito donde ella acababa de recibirlo.

Ni hablar ya de pensar en dormir. Tras la pasada agitación, había que aprovechar esos momentos de calma para intentar reflexionar. ¿Qué hacer con esa niña sin papeles presentables, sin ropa de recambio, sin dinero y sin cartilla de alimentación? Fue a su celda en busca de su bufanda, salió de nuevo y, ya en el umbral, inspiró a pleno pulmón el aire helado de la noche. Los proyectores de la DCA entrecruzaban sus haces de luz blanca en el cielo vacío y mudo, sin el demasiado frecuente zumbido de las fortalezas volantes. Hoy, al menos, ninguna alerta antiaérea. La única sirena era la de un barco que debió de burlar la vigilancia de los ingleses, tras romper o esquivar el bloqueo; traería estaño o caucho del Japón. Para aprovisionar a los alemanes, por supuesto. Entre esos navíos acosados por los bombarderos aliados, la base submarina, la estación de Saint-Jean, muy próxima y permanentemente atacada, y el muro del Atlántico que construía la organización Todt, Burdeos sufría. La hermana Saint-

Gabriel se reajustó la toca, el cierzo le izaba un pico. Cuando esa guerra terminase, ¿qué quedaría de su ciudad?

Tratando de sofocar el ruido de sus suelas de madera sobre el pavimento, cruzó el patio. La capilla en la que entró estaba aún más gélida que el resto de los edificios. Habían renunciado a caldearla, incluso durante los oficios religiosos. Era demasiado vasta, con una techumbre demasiado alta, y excesivamente despojada, con sus pétreos muros que rezumaban, embebidos de humedad. Se percibían relentes de incienso, olores persistentes a cera de mala calidad. La visión del Cristo en su cruz, con un simple paño anudado en torno a los riñones, la hizo estremecerse. Las desnudas rodillas, una rígida y la otra doblada, los pies de un rosa vívido, atravesados por un enorme clavo del que goteaba una sangre negruzca, le provocaron un mareo. Tras una rápida genuflexión y un apresurado persignarse frente al altar, dio la espalda a las filas de bancos reservados a la congregación y fue a sentarse en una de las sillitas que ocupaban, durante la misa o las vísperas, las alumnas abrigadas.

¿Qué pensaría el capellán de su iniciativa si se decidía a contársela? Y por encima de este, en lo que a grado jerárquico se refiere, ¿qué diría monseñor Feltin, el arzobispo de Burdeos? Algunos obispos habían condenado públicamente la persecución de los israelitas. Él no. No había dado ninguna directriz al respecto, ni en sus sermones en la catedral ni en los boletines parroquiales. Debido a la ausencia de la madre superiora, retenida en Canadá desde la declaración de la

guerra, ella era la más veterana del convento y, por consiguiente, la única responsable. Había reaccionado instintivamente cuando la hermana Marthe corrió a decirle que su hermano acababa de llamar a la puerta, con una niñita dormida entre los brazos. Un hermano que, para escapar a la leva del STO¹, había tomado el camino del maquis y realizaba de cuando en cuando alguna que otra aparición nocturna en el convento, al hilo de misiones evidentemente clandestinas. La hermana Saint-Gabriel lo sabía desde tiempo atrás, aunque nunca había dicho una palabra. Entre las religiosas, algunas contaban con padres y primos en Inglaterra, otras tenían familiares presos en Alemania y las había incluso con parientes comprometidos con alguna de las numerosas milicias al servicio de Vichy. ¿Cómo arreglárselas para disimular la identidad de Léa? Más valdría ocultársela a todo el mundo, a excepción de las hermanas Marthe y Geneviève. Obviamente, la primera ya estaba al tanto y, en cuanto a la segunda, era muy probable que sospechase la verdad.

Por otra parte, esa niña estaba ciertamente bautizada. Aunque ¿qué cabía pensar de semejante bautismo? Una familia israelita, de origen ruso, que se convierte en 1939, pocos meses antes de la decla-

¹ STO: Siglas correspondientes al *Service de Travail Obligatoire*, Servicio de Trabajo Obligatorio, leva impuesta por los ocupantes nazis para llevarse a Alemania a jóvenes franceses como mano de obra esclava. Tal imposición engrosó notablemente las filas partisanas, condujo a miles de jóvenes a enrolarse en el maquis y la Resistencia. (Todas las notas son de la traductora).

ración de guerra... Sus dedos hallaron, al fondo del bolsillo, su documentación. Después de todo, ¿por qué no conducirla a la gendarmería? Así podría reunirse con sus padres en el campo de Mérignac, antes de su partida a Drancy. ¿Acaso no era inhumano separarla de ellos? La reciente decisión de las autoridades sobre los niños para que estos marcharan con sus familias, ¿no la motivaba acaso una preocupación generosa? Polonia pasaba por ser un país muy católico; seguro que los judíos serían, casi con toda probabilidad, bien tratados allí. Sin embargo, ¿acaso no estaba Francia, hija mayor y predilecta de la Iglesia, empezando a comportarse en los últimos tiempos de manera bien poco caritativa con los extranjeros? Prueba de ello, esas redadas sucediéndose una tras otra tras aquella espectacular del 15 de julio. Y esos carteles de «Prohibida la entrada a judíos y perros», que brotaban por doquier desde la aparición del primero sobre la vitrina del café Le Régent, en la plaza Gambetta. Y, además, ¿cómo llevar a la niña a la comisaría de policía sin explicar en qué circunstancias llegó al convento, sin traicionar a su salvador?

La hermana Saint-Gabriel trató de rezar. Lo hacía a desgana y para colmo tenía sueño. Se levantó, arrebujándose la bufanda sobre los hombros. Fuera, un sucio amanecer tornaba aún más calamitosos los adoquines dispares del patio, los árboles raquíticos, el asta esquelética de la bandera. El tejado de chapa del recreo se perfilaba, cortante, sobre la blancura lechosa del cielo que ya no iluminaban los focos de la DCA. Se hallaba demasiado cansada para pensar. Y

todavía tenía que encontrar un uniforme de la talla de la pequeña, para que cuando despertara y se vistiese nada la distinguiera de sus compañeras. Eso siempre y cuando decidieran quedársela, claro. Por fortuna, en estos tiempos de carencias, las madres aceptaban algunas veces donar los uniformes de sus hijas cuando se les quedaban pequeños, en beneficio de otras niñas más pobres, si no había ninguna benjamina en la familia que tuviera que reutilizarlo a su vez.

Se encaminó al almacén de reserva y encendió la luz. A esas horas, incluso los voluntarios de la defensa pasiva debían de estar dormidos. Tras revisar un montón de cajas de cartón, extrajo mudas, una falda, un jersey y finalmente un abrigo azul marino, prendas cuya talla le pareció más o menos idónea. Hecho esto, regresó al apacible dormitorio, al que entró tras descalzarse y quitarse el rosario. Atravesó la estancia de puntillas, con la linterna enfocada al suelo. Una vez junto a la cabecera de Léa, comprobó que su mano había soltado el pelo de la muñeca y reposaba muy cerca de esta, con la palma abierta como una concha. La tomó con sigilo y procedió después al intercambio de la ropa. La combinación con entredós de encaje llevaba las iniciales de la niña, delicadamente bordadas. La hermana Saint-Gabriel, con el ceño fruncido de estupor, sopesó la suave y liviana tela, que se le deslizó entre los dedos. ¿Seda? Recogió el vestido escocés de lana ligera, mangas de farol y cuellecito blanco de piqué, así como los zapatitos de charol negro con trabilla. Tenía que deshacerse lo más rápido posible de esas ropas demasiado

caras y lujosas. Luego habría que persuadir a la cría de responder a otro nombre, a fin de terminar de borrar cualquier huella de sus orígenes. De momento seguía dormida, con el pulgar metido en la boca. No era de extrañar, al cabo de tantos y violentos sobresaltos, que se hubiera enrabiado. Mañana estaría más tranquila, se portaría mejor. A esa edad se olvida rápido.

En cuanto a ella, no era cuestión de volver a acostarse, pronto tocarían a maitines. Bajó de nuevo a la cocina, donde se filtraba ya, por los intersticios del papel mal pegado, una luz lívida y levantó la tapa de una de las hornillas. El fogón ya estaba dispuesto. Arrojó una cerilla sobre la pila de papeles arrugados y ramitas cuidadosamente entremezcladas y atizó con el fuelle la llama recién prendida. Después, colocó encima algunos trozos de carbón, que tomó del jarro donde se depositaban cada noche con parsimonia. Cuando las brasas fueron lo bastante vivas, echó dentro las ropas y, sin vacilación alguna, a la muñeca, cuyos cabellos chisporrotearon. Su cabeza, deformada por el calor, terminó por fundirse entre muecas y visajes. Los ojos de vidrio saltaron, primero uno y enseguida el otro, de sus órbitas con un estrépito de tapón de corcho lanzado al vuelo y rebotaron contra el revestimiento interior del fogón. Los retiró con ayuda de unas pinzas y los echó al fondo del cubo de basura. Luego, removió las ascuas una vez más. Llegada la noche, vaciaría las cenizas del cajón de la cocina para asegurarse de que no quedara ningún vestigio que pudiera levantar sospechas. Tras los maitines, cuando las

hermanas acudiesen a desayunar, usaría el pretexto del insomnio para explicar por qué había encendido el fuego ella misma en lugar de dejarle esa tarea a la monja encomendada de tal menester. Realizó una última inspección. Excepto por la documentación oculta en el fondo de su bolsillo, ya no quedaba nada de lo que había constituido la identidad de Léa.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **09-11-2015**

UN PAISAJE DE CENIZAS

Élisabeth Gille



UN PAISAJE DE CENIZAS

Élisabeth Gille

Traducción de Juana Salabert

 **NOCTURNA**
EDICIONES

ISBN: 978-84-944243-1-1. **PVP:** 14,90 €

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)